

EL PESO DE LA CIENCIA

Andrés Barquín y Vicente Sevilla van por la acera como una pareja de tortugas polinésicas¹ de la especie *elefantina*, que son las más lentas y pesadas. Andan despacio, sin prisas, cargando a la espalda la mochila de libros, que es como una joroba o un gran caparazón. Al llegar al aula de 3º B, en la planta baja, se desprenden de la mochila y se sientan exhaustos. Hay tortugas que miden dos metros y pesan media tonelada, o sea, 500 kilos, tanto como un toro de lidia, pero Barquín & Sevilla son dos galápagos tiernos, de los más bajos de la clase. Andrés Barquín está algo obeso porque devora donuts, bollos de chocolate, barquillos, galletas, ensaimadas y helados de todos los sabores. ¿Te imaginas un helado de turrón, en un cucurucho grande, que empieza a gotear...? Para relamerse de gusto. Pero cuando su madre le pone delante el *bullit* de la cena, o sea, el plato de acelgas hervidas con media zanahoria y una patata, entonces Barquín pierde el

apetito. Las alcachofas se le atragantan. Las mastica una y otra vez hasta formar una dura pelota en la boca, pero no puede tragarlas.

–No pasan, mamá.

–Bebe agua –le dice su madre–. Las alcachofas con agua tienen sabor azul.

Pues ni con ésas. Andrés Barquín prefiere la pasta a las lentejas, y la bollería a la fruta. Además, la fruta hay que pelarla, y un pastel de crema no. En el recreo, si tiene sesenta céntimos, se compra un cruasán en el bar del instituto. En el instituto los cruasanes son más baratos que en la panadería El Petisú, que está cerca de su casa, pero no saben igual.

–Deme un *curasán*, señora María.

La señora María lleva un delantal blanco, y tiene la cara y los brazos muy blancos, y está más bien rellena y esponjosa, es como un pan de leche. La gente no le pide un cruasán, sino un *curasán*, señora María. Pero los cruasanes ni curan ni sanan, porque tienen mucha grasa, y los niños comilones de grasas son más bien rellenitos. Andrés Barquín es regordete y fuertote, y parece fortachón, pero no hay derecho a cargarlo como a un burro para ir al instituto.

Un martes por la tarde llegó a casa derrengado, fue al baño, vació la mochila y pesó todos los

libros en la báscula, uno sobre otro, formando una torre como la de Pisa,² y dieron en total 9 kilos y 830 gramos. ¡Chuta!, como dice Diana cuando se asombra. No había error: casi diez kilos. ¡Chuta y chuta! Diana Cajamarca es ecuatoriana y cuando se sorprende no dice ¡jolín!, ¡caray! ni ¡jopé! Dice ¡chuta! El abuelo Anselmo, en cambio, cuando se sorprende, dice ¡Coñó!, aguda, acentuada en la o. A veces dice ¡Mecagüen la leche! Una vez que Andrés Barquín venía del instituto con la mochila, su abuelo Anselmo, que es ya una tortuga vieja que arrastra los pies para llegar al banco de la plaza, lo llamó *sherpa*.

—Pareces un *sherpa*, chaval.

—¿Y eso qué es, abuelo?

—Un *sherpa* es el que carga a la espalda el equipaje del montañero que escala el Everest. Te vas a deslomar con tanto peso.

El abuelo tiene razón. Deslomar es romperse el lomo, que es la parte inferior y central de la espalda, o sea, el espinazo de un animal. Pero también los libros tienen lomo, que es la parte opuesta al corte de las hojas. En sus lentas idas y venidas al instituto Benlliure, Andrés Barquín, al que también llamaremos AB para abreviar, cree que habría que deslomar los libros de texto para

que no pesasen tanto. O deslomas los libros, o los libros te desloman, o sea, te desriñonan, o sea, te dejan derrengado. El otro día un *nano*³ de 1º C estaba en la ventana del aula arrancando hojas de un libro de Savater, hacía aviones con ellas y los echaba a volar al patio.

–Lomo es un sustantivo común, concreto, contable, masculino y singular –dijo Elsa, la de Lengua.

Lomo es un sustantivo contable: un lomo, dos lomos, tres lomos... Lomo es del género masculino. Y el femenino de lomo es loma, pensó Barquín, sonriendo con su chiste. Lomo & Loma, una pareja de tomo y lomo.

–Atiende, Barquín.

Barquín se sobresalta porque estaba distraído pensando en un bocadillo de lomo, y como cree que la profesora le ha preguntado algo, contesta lo primero que se le ocurre:

–El femenino de lomo es loma.

Toda la clase se echa a reír. La profesora también sonríe. Los mofletes de Barquín se ponen rojos como brasas.

–Una loma –dice la profe– es una elevación de terreno alargada.

Barquín piensa que debería haber una ley del Ministerio de Sanidad que prohibiera cargar con

más de tres manuales a la vez. Las cajetillas de cigarrillos advierten de que el tabaco mata, y algunas traen fotos de pulmones podridos, y otras una esquila a la que sólo falta poner el nombre del fumador. Uno de esos días raros en que le dio por coger un lápiz, Sergio Segovia hizo una esquila con una calavera y puso en ella el nombre del profesor de Alternativa. Así:

Luego metió la hoja en un sobre, lo cerró y escribió por fuera Enrique Cuenca. Al salir a la una, dejó con disimulo la carta en el garito de la bedela, que siempre está haciendo punto. Al día siguiente el de Alternativa entró en clase con paso firme, abrió la cartera, sacó la hoja y la enseñó en alto, moviéndola despacio a izquierda y derecha, sin decir palabra. Luego de un buen rato preguntó con gran calma quién era el valiente que se la había enviado. Parecía sereno, pero los que estaban cerca advirtieron que estaba a punto de darle un soponcio, porque en el cuello tenía una vena que se le



hinchaba y se le deshinchaba, como si le circulara la sangre a borbotones.

—¿Quién es el valiente? —dijo, blandiendo en alto el papel—. Bonita calavera, ¿verdad? ¡Pero no es eso lo peor!

Lo peor no era la calavera monda y dentona, sino la falta de ortografía, una falta de ortografía mayor que el Coliseo de Roma.

—¡Estirar con hache!

Enrique Cuenca es de latín, pero como han quitado el latín del bachillerato y no tiene alumnos, da Alternativa a la Religión. En clase cuenta batallas de los dioses griegos y latinos, que estaban siempre en pie de guerra, sobre todo Júpiter y Marte. No se enrolla mal, pero a los de 3º B les fríe a latinajos. Por ejemplo, el R.I.P. que se pone sobre las tumbas quiere decir *requiescat in pace*, o sea, descanse en paz. Es lo que hace Barquín cuando llega a casa y descarga la pesada mochila: se tira en el sofá a descansar. Y a ver la tele.

—¿No tienes nada que estudiar, Andrés? —le dice su madre.

—Hoy, poco —dice él.

AB piensa que si el Ministerio de Sanidad avisa en las cajetillas de que el tabaco mata, los manuales de la ESO deberían advertir en la con-

traportada de que su peso puede partir la columna vertebral en dos.

–Te va a salir una hernia discal –le dijo el abuelo.

–¿Una qué?

–Una hernia discal. O sea, que se te escacharra una vértebra y te quedas tieso.⁴

¡Chuta! Diana Cajamarca es ecuatoriana, y usa palabras de su país. Por ejemplo, en vez de trabajo o curro, dice *camello*. Tengo mucho camello en matemáticas. Diana es nueva en el instituto. Llegó en febrero y la sentaron al lado de Andrés Barquín. El primer día de clase Elsa, la de Lengua, la sacó a la pizarra para que escribiera palabras ecuatorianas. Así, de golpe, no se le ocurrieron muchas. Una *chompa* es una cazadora, el *trapeado* es la fregona, un *guagua* es un niño y *pana* es amigo, compañero, como *colegui*.

–Profesora, en esos países no saben hablar –interrumpió Sergio.

–Sergio, no me provoques.

La profesora agitó el abanico y se puso de uñas con Sergio, y defendió las palabras ecuatorianas, que son muy graciosas. En su escuela de allá Diana sólo tenía tres libros, así que ahora está feliz de tener diez.

–Hacen los libros tan gordos para sacaros los cuartos –decía el abuelo Anselmo–. Cuando yo iba a la escuela, *na* más tenía un libro, una libreta y un pizarrín. Claro que entonces éramos más borricos.

–¿Qué es un pizarrín, abuelo?

–Pues como un rotulador, pero de pizarra.

–¿Y qué es una pizarra?

–*Cagüendiez*, chaval, una pizarra es una piedra oscura. Si está lisa se puede escribir en ella.

Andrés Barquín piensa que su abuelo es más antiguo que el Imperio romano, más viejo que Julio César, porque el de Alternativa les había explicado que en Roma ya escribían en tablillas de cera con un punzón, y una tablilla de cera era un invento más moderno que una piedra. En lo que Andrés estaba de acuerdo con su abuelo era en que los editores se hacían ricos a costa de la salud de los estudiantes. Cuantas más páginas tenía el libro, más caro era, y más euros se embolsaban. A todos los manuales les sobraban por lo menos cuarenta páginas, porque nunca daba tiempo a acabarlos. Llegaba el fin de curso y los dos últimos temas, sin ver. Como los coches (*carros*, dice Diana), que tienen motores para ir a doscientos kilómetros por hora y está prohibido circular a más de 120. O sea, que a los coches les sobran caballos de potencia y a los

libros de texto les sobran cuarenta páginas. Andrés Barquín pensaba que había gente sin entrañas que hacía motores muy potentes para que la gente se matara en la carretera, y libros muy gordos para que los estudiantes se llenaran de hernias discales.

¡Herniado! Qué suerte estar herniado, tirado en la cama y comiendo helados de turrón. Y que a medio día te saquen en una silla de ruedas al parque de Viveros. En sus idas matinales al instituto, hasta encontrar a Vicente Sevilla a la puerta de El Petisú, Andrés pensaba cosas así. Una vez se imaginó que iba al hospital en una ambulancia que daba aullidos por las calles, con las luces intermitentes, saltándose en rojo los semáforos, a toda leche, y él dentro, tumbado en la camilla, tieso, sin poder doblarse.

—¿Qué te duele? —le preguntó el médico de urgencias, que ocultaba su cara tras una mascarilla verde.

—El lomo, doctor.

—Ponte boca abajo.

AB lo intentó, pero no pudo moverse. La bella enfermera y el musculoso celador, que era un mazas, le dieron la vuelta como a una tortilla de patata.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Cinco, cinco ayes tremendos soltó AB, uno tras otro, como cinco aullidos de sirena. Antes incluso

de que el doctor palpase un disco machacado de la columna, ya se quejaba con tanto desgarró. A cada ¡ay!, la enfermera se ponía un poco más pálida.

—En efecto, son cinco —diagnosticó fríamente el doctor—. Cinco hernias discales. No está mal.

El doctor se quitó la mascarilla y los auriculares del fonendo^s que taponaban sus orejas y ordenó a la enfermera que se lo llevaran a la quinta planta:

—A la sala de multiherniados. Prioridad absoluta.

—Bien, doctor —musitó la enfermera, que estaba blanca como un cadáver.

AB pensó que el parte médico le tendría alejado del instituto una larga temporada. Sería un parte como éste:

	HOSPITAL ESTUDIANTIL
El estudiante <i>Andrés Barquín Toledo</i> padece severa <u>hernia discal</u> . Se le recomienda reposo en cama y dieta de cruasanes de nata y helados tuttifruiti. No debe cargar en seis años con libros de texto.	
Fdo. El doctor  Einstein	

Estas cosas estupendas imaginaba AB camino del instituto. También en clase tenía distracciones fantásticas, pensaba en las musarañas,⁶ y los profesores le llamaban a menudo la atención, haciendo chistes a costa de su apellido, unos chistes malísimos.

–Barquín, atiende o te hundes.

–Barquín, has perdido el rumbo.

–Barquín, ¿en qué mares navegas?

–¡Muy bien, Barquín! –le decían cuando daba una respuesta perfecta–. Más que un barquito, eres un Titanic.

Je, je, qué graciosillos. Pero camino del instituto Andrés Barquín no era un trasatlántico ni una lancha fueraborda, sino una lenta barcaza que transportaba diez libros de texto. ¿Para qué tantas asignaturas? Era como si te obligaran a comer un menú interminable de diez platos y de cada uno una ración descomunal. AB no se extrañó de que el manual de Historia pasara del kilo, porque contenía toda la Historia Universal, desde el hombre *antecesor* de Atapuerca⁷ hasta la guerra de Irak, pero ingerir en un solo curso 830 gramos de Lengua Castellana, 970 de Valenciano, 880 gramos de English Language, 790 gramos de Matemáticas, y 610 de Tecnología, y 3.085 gramos de diccio-

narios..., era como para atragantarse y coger un empacho de muerte. Demasiada comida.

—De grandes cenas, están las sepulturas llenas —decía el abuelo Anselmo.

O lo que es lo mismo:

—De gordos manuales, las vértebras están fatales.

—Una vez la señora Matilde, la mujer del capitán de infantería, la vecina del rellano de Vicente Sevilla, cenó media *fideuà* que había sobrado del mediodía y sufrió una instrucción intestinal. Casi la palma.

—Aunque su marido sea militar, la señora Matilde no sufrió ninguna *instrucción*, izquierda, derecha, izquierda, derecha, hip, hop, hip, hop... Se dice obstrucción intestinal. Obs-truc-ción.

—¿Y eso qué es, abuelo?

—Pues que no defecaba, vamos, que no... cagaba, con perdón sea dicho. Se le atascó el intestino.

—Las tripas, ¿no?

—Eso.

¡Chuta!, qué atasco, once metros de tubería intestinal.

Vicente Barquín comprobó también que el peso de los manuales aumentaba cada curso de modo desproporcionado. A este ritmo en bachi-

llerato tendría que cargar con media tonelada a la espalda. O llevarlos en un carrito de supermercado. Y se imaginó un *rally* de carritos, todos los alumnos del instituto acercándose a la puerta, cada uno tirando de su carro de libros como si fueran hormigas, formando a la entrada un embotellamiento monumental. Fue así como Andrés tuvo la visión fantástica de que el instituto era un hormiguero.

El verano anterior había visto uno en el pueblo de su abuela Adelaida y le pareció un espectáculo alucinante. Vio miles de hormigas enloquecidas ir de aquí para allá, tropezándose, como si hubieran oído el timbre y salieran de estampida al patio de recreo. Muchas cargaban a la espalda con un huevo enorme, igual que él con la mochila. Las observó largo rato y le recordaron a los miles de chinos que en una película construían el ferrocarril a San Francisco, y a los marines que en *Pearl Harbour* corrían despavoridos bajo las bombas de los kamikazes⁸ japoneses. Si yo fuera un oso hormiguero me daría un atracón, pensó AB. Luego bajó la cremallera de la bragueta, sacó fuera la cosita –la manguera, la llamaba Vicente Sevilla– y meó en el hormiguero, una meada larga, cálida y muy satisfactoria. Cada vez que se acuerda de aquella maldad, Andrés Bar-

quín sonrío, y al sonreír se le marcan dos hoyitos junto a los mofletes.

—Atiende, Barquín.

Así que al ir cada mañana al instituto Andrés Barquín se sentía una hormiga presidiaria, condenada a trabajos forzados. Era una HS, una hormiga sísifo. Enrique Cuenca, el de Alternativa a la Religión, que es barrigón y viejo, tendrá por lo menos cincuenta años, les había explicado que Sísifo era un hombre condenado a subir un enorme pedrusco hasta la cima de una montaña, y cuando llegaba a la cumbre, plas, resbalaba, y se le caía la piedra hasta el fondo del barranco. Y vuelta a subir con la piedra a la espalda, *begin the begin*, una vez y otra vez, siempre, *per omnia saecula saeculorum*, o sea, por todos los siglos de los siglos, por toda la eternidad.

—Como si escalara el Angliru o el Alpe d'Huez, profesor —dijo Sevilla, que es muy aficionado al ciclismo y tiene una *mountain-bike* muy chula, aunque no es sólo una bici de montaña, sino también de playa, o sea, una *beach-bike* (se pronuncia *bichbaic*).

—Los ciclistas son una imagen deportiva del mito de Sísifo —dijo el profe.

Pues ellos eran unos sísifos cargando la mochila un día tras otro de casa al instituto y del instituto

a casa. Sísifos mochileros, con mucho peso, bastante peso a la espalda. ¿No querían aprender bastante, ser sabios, llenarse de bastante ciencia? Pues la ciencia pesa. En vez de mucho, Diana dice *bastantísimo*. Es una expresión muy ecuatoriana. Bueno, pues al parecer, no hay más remedio que soportar tanto peso para aprender. Anselmo, el abuelo de Barquín, dice que el que algo quiere, algo le cuesta, y que no hay atajo sin trabajo. El de Alternativa nos decía más o menos lo mismo, pero en latín.

—*Ad augusta, per angosta*. Copiad la frase. Quiere decir que para llegar a lo alto, a lo sublime, hay que pasar por lo angosto, hay que pasar estrecheces. Una traducción libre de la frase latina podría ser ésta: no se pescan truchas a bragas enjutas.⁹

La palabra braga les daba bastante risa. Ese refrán también lo decía el abuelo de AB, pero de otra manera: el que quiera truchas, que se moje el culo.

Enrique Cuenca, el de Alternativa, dejó de fumar en el patio desde que recibió la anónima esquila con la calavera. Pero no renunció a soltar latinajos a troche y moche, porque para él Roma era como la Atapuerca de las palabras romances.

—¿Sabéis dónde está Atapuerca? En Burgos. Es una cueva donde los investigadores han encontrado

huesos de animales y de hombres de hace 400.000 años. Nuestros antecesores, el *Homo antecessor*.

—¿Y carne no han encontrado, profe? —interrumpió Sergio Segovia.

—¡Cómo van a encontrar carne, Sergio! Sólo huesos mondos y lirondos. Y no me interrumpas. Eres el *Homo interruptor*. Os decía —prosiguió el de Alternativa— que el latín es la lengua madre del portugués, gallego, castellano, bable, catalán, francés, italiano y rumano, o sea, la lengua *antecessor*.

Les hacía copiar frases en latín, lo que fastidiaba mucho a Lolita Castelló, que decía en voz alta ¡jelines!, y opinaba que todos los refranes eran falsos.

—Mis queridos sísifos —decía en clase Enrique Cuenca—, no os quejéis del peso de las mochilas, porque *scientiae iter arduum est*. Venga, copiad la frase en el cuaderno.

—¡Jelines!

—No me seas horterilla, Lolita. Decir *jelines* no es fino. *Scientiae iter arduum est*, que traducido a doña Castellano, hija de la madre Latín, quiere decir: «Arduo es el camino de la ciencia».

¿Qué sería arduo?¹⁰

—Profesor —decía de repente Sergio Segovia—, hablemos de Gladiator. O del circo en Roma.

–Hoy no toca, Sergio. Y calla. Ya llevas siete interrupciones.

Así que Andrés Barquín y Vicente Sevilla eran dos sísifos adolescentes a punto de caerse de espaldas por el peso de la ciencia. El primer día de clase Elsa, la profesora de Lengua, preguntó:

–Vosotros, ¿qué sois? ¿Niños?

–¡No! –protestó la clase a coro.

–Vicente, sí –dijo Sergio Segovia–. Es un párvulo. Un cagón.

–¡Sergio!, ¡por favor!

Sergio es mucho Sergio, y antes de contar otras cosas, hay que presentar a Sergio Segovia, el gran SS, el terror de los profesores de 3º B.